

Peregrinos y testigos de la esperanza

Una reflexión al comienzo del Año Jubilar 2025

H. Francisco Javier Sáez de Maturana



Como bien sabemos, la Bula con la que el papa Francisco ha convocado el Año Jubilar 2025 se titula “*Spes non confundit*” -La esperanza no defrauda-: el tema, pues, no es otro que la esperanza. Este Año Jubilar tiene su apertura el 24 de diciembre de 2024 y la clausura será el 6 de enero de 2026.



🌀 **Una novedad de este Año Jubilar** es la mascota. Su nombre es Luce, una peregrina moderna, una exploradora de mundos y de sí misma. Su *look* -estilo manga- está inspirado en la cultura pop, y, aunque los “sabios” la denigren y descalifiquen, resulta muy familiar para los niños: un *K-way* colorido, botas sucias de tierra, una cruz alrededor del cuello -que hace referencia a un rosario- y un bastón -signo del caminante- son los elementos que la distinguen. Y ¿qué llama la atención? A todo el mundo le atrae,

de entrada, la mirada de Luce: dos grandes ojos brillantes que reflejan la esperanza, la confianza en el futuro y el deseo de descubrir el mundo.

🌀 **¿Quiénes son los destinatarios de la Bula y del Año Jubilar?** El Papa busca no hacer distinción de personas o grupos. Se dirige a todas las personas y situaciones en las que la vida está amenazada, y resalta el valor imperecedero de la esperanza, una virtud indispensable, presente en todos y en todas las circunstancias, pero que, al mismo tiempo, también es fuente de incertidumbre y sufrimiento, ya que está ligada a aquello que el ser humano no puede controlar:

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad” (Bula SNC 1).

🌀 **¿Cuál es el objetivo de la convocatoria al Jubileo?** Para el Papa, se trata de una invitación a renovar la esperanza, especialmente en los momentos de prueba, y en esa línea hace suya la frase intensa y potente de san

Pablo, que da título al documento: “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5).

🌀 **¿Es oportuna esta convocatoria en torno a la esperanza?** La llamada a reavivar esta dimensión fundamental de la vida de las personas y de la vida cristiana -a “despertarla”, como diría Andrés Coindre- es oportunísima y constituye también un aviso frente al clima cultural actual, marcado por una progresiva y preocupante ausencia de esperanza.

Tal vez estas páginas contribuyan a la reflexión en torno a este tema crucial.

UNA VIRTUD INCÓMODA

Vamos a hablar de la esperanza, en primer lugar, desde la mirada de un poeta, filósofo y ensayista francés llamado Charles Peguy, del que hoy en día no habla casi nadie, salvo el Papa Francisco, que deja caer algunas de sus frases más brillantes de vez en cuando.



Hablemos de la esperanza partiendo de una extraordinaria obra de este hombre -calificado como “el gran poeta de la esperanza”- titulada “*El pórtico del misterio de la segunda virtud*”. Fue publicada en 1911.

En la obra retrata a Dios -es quizás el único escrito de alguien en el que Dios pronuncia algo increíble, en este caso, por boca de una madre, de nombre Gervasia- comentando sobre las virtudes de la fe, la esperanza y el amor; las tres son presentadas como hermanas en un viaje. Caminando entre sus dos hermanas adultas -la fe y el amor-, va la esperanza, una niña pequeña que, a diferencia de sus mayores, pasa desapercibida.

Escribió Peguy: “Todos los textos desaparecen sepultados bajo todos los comentarios, todos los textos vivientes yacen sin vida bajo la polvareda muda y bajo las cenizas del parloteo de las glosas”. Para evitar todo ello, vamos a un fragmento del texto citado, que invito a leer con calma:

La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza.
La fe no me sorprende.
No me resulta sorprendente.
Resplandezco tanto en mi creación.
En el sol y en la luna y en las estrellas.
En todas mis criaturas.
En los astros del firmamento
y en los peces del mar.
En el universo de mis criaturas.
Sobre la faz de la tierra
y sobre la faz de las aguas.
En los movimientos de los astros que están en el cielo.
En el viento que sopla sobre el mar y en el viento que sopla en el valle.
En el tranquilo valle.
En el recogido valle.
En las plantas y en los animales
y en los animales de los bosques.
Y en el hombre. Criatura mía.
En los pueblos y en los hombres y en los reyes
y en los pueblos.
En el hombre y en la mujer su compañera.
Y sobre todo en los niños.
Criaturas mías.
En la mirada y en la voz de los niños.
Porque los niños son aún más criaturas mías.
La caridad marcha desgraciadamente sola.
La caridad camina por sí misma.
Para amar a su prójimo
no hay sino que dejarse ir,
no hay sino que mirar tanta miseria.
Para no amar a su prójimo
habría que violentarse, torturarse,
atormentarse, contrariarse.
Oponerse. Hacerse daño.
Deformarse, darse la vuelta, ponerse al revés.
Nadar contra corriente.
La caridad es natural, simple, brota,
viene obviamente.
Es el primer movimiento del corazón.
El primer movimiento es el bueno.
La caridad es una madre y una hermana.
Para no amar a su prójimo, hija mía, tendrían que taparse los ojos y los oídos.
A tantos gritos dé angustia.
Pero la esperanza no marcha sola. La esperanza no camina por sí misma.

Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia.

La fe es fácil y no creer sería imposible.

La caridad es fácil y no amar sería imposible.

Pero esperar es lo difícil. en voz baja y avergonzadamente.

Y lo fácil y la inclinación es a desesperar y es la gran tentación...

Pero la esperanza, dice Dios,

sí que me sorprende. Á mí mismo.

Si que es sorprendente.

Que esos pobres niños vean

cómo pasa todo eso

y crean que mañana irá mejor.

Que vean cómo pasa eso hoy y crean que irá mejor mañana en la mañana.

Sí que es sorprendente y seguro la más grande maravilla de nuestra gracia.

Y yo mismo me quedo sorprendido.

¿Verdad que son impactantes estas líneas? Lo son. En ellas, el escritor francés expresa toda la grandeza y la dificultad de la esperanza, y hasta tal punto lo ve así que da la impresión de que hasta el mismo Dios se asombra de su existencia.

La esperanza nos habla, es cierto, de lo que no está, pero, al mismo tiempo, está ya íntimamente presente en cada corazón, en la trama de cada proyecto y actividad: reclama hacerse realidad, está en la base de la posibilidad de cambiar las cosas y de luchar por aquello que nos importa y que verdaderamente vale la pena.



La esperanza, pues, no se limita simplemente a señalar lo que falta, sino que también da la fuerza para afrontar las dificultades. Péguy lo sabía muy bien, pues lo vivió en su propia piel, y ante eso, no hay discusión posible. Bien podría decir como el poeta chileno Pablo Neruda: "Confieso que he vivido". Sigamos.

LO ESCRITO REFLEJA LA VIDA

En cada escrito, reflejamos algo de nuestra biografía, consciente o inconscientemente. Del mismo modo, en *"El pórtico del misterio de la segunda virtud"*, su autor refleja lo que está viviendo en uno de los momentos más dolorosos de su existencia. Para colmo, la obra fue, editorialmente, un fracaso; la revista que había fundado por aquel tiempo, se vino abajo, y un destino similar tuvo su intento de gestionar la librería socialista George Bellais.

Fue también en ese tiempo cuando escribió una obra dedicada a Juana de Arco – *"El misterio de la caridad de Juana de Arco"*, considerada hoy una verdadera obra maestra del siglo XX. En el proceso de búsqueda de datos sobre la vida de "su amada y admirada" Juana, pudo descubrir la vertiente revolucionaria e inconformista que lleva consigo la fe cristiana, en un primer momento, y, luego, el misterio que entrañan las tres virtudes fundamentales: fe, esperanza y caridad. Y ¿qué suerte corrió el libro? Pues otro fracaso, porque solo vendió una copia al momento de su publicación.

La autoestima de Peguy quedó seriamente golpeada y su economía se encontraba en bancarrota. Un desastre total.

Pero no era aquello lo que más le angustiaba. ¿Qué estaba viviendo y le producía un gran dolor existencial imposible de aplacar?

"UN NIÑO CRISTIANO NO ES OTRA COSA QUE UN NIÑO AL QUE SE LE HA PRESENTADO MIL VECES ANTE LOS OJOS LA INFANCIA DE JESÚS".
(C. PEGUY)

UNA VIDA AZAROSA

Peguy nació en un suburbio popular de Orléans, la ciudad natal de santa Juana de Arco. Fue criado por Cécile, su madre, en una pobreza digna, pero con bastantes estrecheces. Aquella esforzada madre, que perdió prematuramente a Desiré, su esposo, a causa de las heridas sufridas en la guerra

franco-prusiana, siendo Charles un bebé, tuvo que trabajar de sol a sol reparando muebles, particularmente sillas, oficio que había aprendido con su esposo.

Cécile se encargó de que su hijo Charles fuera criado en la fe y recibiera una buena educación. No obstante, cuando tenía 22 años, él abandonó la práctica de la fe y se convirtió en un ferviente socialista -por su intenso sentido de la justicia- y ateo militante.

Con el tiempo, se desilusionó de la política y, después de sufrir una enfermedad que puso en peligro su vida, regresó a la fe a la edad de 35 años, destacando de ella su vertiente humanizadora y samaritana. Como Charlotte, su esposa - con la que se había casado por lo civil- era atea y se negaba a contraer matrimonio por la Iglesia, no podía recibir la comunión en la misa. Y le hacía sufrir.

Por las razones indicadas y los largos tiempos de separación, a causa de los viajes de Charles, la relación entre ambos se enfriaba. Peguy se enamora de Blanche, hermana de un amigo, y que viene a ser la antítesis de Charlotte. Pero él permanecerá fiel a su esposa hasta su muerte a los 41 años, ocasionada por un disparo en la cabeza cuando salía de una trinchera con su compañía, la víspera de la gran batalla del Marne, en 1914. Una bala segó su vida, pero no pudo acabar con la fuerza de su vivir en libertad y esperanza.

La pareja tuvo varios hijos. Pese a desearlo Charles, su esposa no permitió que fueran bautizados. Como no quería desairarla y respetaba su voluntad, no hizo nada para que los niños recibieran el sacramento. Se quedó y permaneció, podríamos decir, en el "pórtico" de la Iglesia - "en el umbral" de la Iglesia-, sin participar plenamente de los signos de la gracia, como son los sacramentos.

Todo ello le produjo a Peguy un gran sufrimiento y el rechazo de socialistas y

católicos: los primeros, lo rechazan por su libertad de pensamiento y por no someterse a las directrices de la cúpula de turno en el partido y, además, por su vuelta al catolicismo, tachándole abiertamente de "traidor al socialismo"; y los segundos, por no estar casado por la Iglesia, y, por ello no poder comulgar, y, además, por no bautizar a sus hijos. Unos y otros le criticaron, pero nadie puso en duda jamás su honestidad.

Su soledad terminará fraguando un círculo de amistades tan variopinta como marginal. Judíos, protestantes, anarquistas y socialistas expulsados, mujeres que no encuentran eco en un mundo de hombres, conversos de todo tipo... En una época de "grandes revoluciones" que parece exigir "grandes tomas de partido" por las "grandes causas", Peguy opta por los marginados de esos grandes momentos que no son realmente acontecimientos notables.

No dejará el partido socialista por ser demasiado revolucionario, sino por todo lo contrario. Para Peguy el socialismo partidario ha perdido la raíz revolucionaria genuina, que él tanto anhela.

"Hay algo aún peor que tener un alma perversa, y es tener un alma acostumbrada", escribió Peguy. Y, realmente, reflejan su sentimiento más íntimo. Jamás se acomodó a nada; jamás se acostumbró a lo que no entendía y a lo que no

compartía por verlo negativo o fuera del sentido común. ¿Qué hizo? Pensar y escribir. Arriesgó la paz del corazón y la tranquilidad por la verdad.

¿DE DÓNDE SACA FUERZAS?

¿Cómo podía vivir y ser libre ante las presiones de un lado y del otro, ante el dolor profundo que padecía? ¿De dónde extrajo ese coraje, esa fuerza que hoy sigue entusiasmando a quienes leemos sus escritos?

"PEGUY ES EL PROFETA DE LA FIDELIDAD".
(H. DE LUBAC)

"FUE UN SOCIALISTA SIN PARTIDO, UN CRISTIANO SIN IGLESIA, UN ESCRITOR PRÓDIGO SIN MUCHOS LECTORES, UN DEFENSOR APASIONADO DE LA AMISTAD QUE SE PELEABA CON TODO EL MUNDO, UN UTÓPICO Y, AL MISMO TIEMPO, UN TRADICIONALISTA".

(J.L. GUERRA)

En el “pórtico” Peguy se encontraba en compañía de la “pequeña esperanza”. Él hablará de esa “niñita de nada” de un modo auténtico y conmovedor, como pocos lo han hecho. Fue capaz de hacerlo porque él mismo había experimentado la desesperación, y sabía lo que significaba carecer de ella.

Uno de sus seguidores más conocidos es el filósofo Emmanuel Mounier, fundador de la revista *Esprit* (1932), que se convertiría en el principal órgano de expresión del catolicismo francés a mediados del siglo XX.

Permítaseme una nota personal. A Mounier tuve ocasión de conocerlo en mis tiempos de estudiante por un trabajo que hice en la asignatura de “Filosofía contemporánea”, de la que era profesor Eugenio Frutos, conocido militante comunista de Zaragoza. Recuerdo la cara de perplejidad del profesor cuando tuve que pasar a rendir cuentas del trabajo en un examen oral, a su despacho. Frutos había leído a fondo mi escrito, como me lo demostró. Yo conocía al filósofo francés un poco más que él, lo que me sirvió para hacerle una aceptable exposición, en la que quedé como “entendido” en el tema, sin serlo. Al terminar, me hizo unas preguntas y me manifestó su interés por profundizar en el personalismo. “Los caminos de Dios son...”.

Mi acercamiento a Mounier me permitió conocer a Charles Peguy, y se lo agradezco... también al “rojo” profesor de Filosofía.

“EL SECRETO DEL HOMBRE INTERESANTE ES QUE ÉL MISMO SE INTERESA POR TODOS”.

(C. PEGUY)

LA ESPERANZA ES UNA VIRTUD DIFÍCIL

Realmente, la esperanza es una virtud difícil. ¿Por qué? Porque, como dice santo Tomás de Aquino, “tiene que ver con el bien arduo”. ¿Qué es el bien arduo? Es un bien que no está inmediatamente a nuestro alcance y, sin

embargo, es indispensable para una vida digna de ser vivida.

La esperanza, a pesar de ser “pequeña”, encierra en sí actitudes y virtudes esenciales para emprender la aventura de vivir: coraje, deseo, espera, paciencia y, sobre todo, la confianza en que puede conseguirse incluso cuando todo parece ir a la contra. Es lo que san Pablo califica como “esperanza contra toda esperanza” (Rm 4,18). En unos tiempos en los que prima la inmediatez, la esperanza se debilita.

Tiene razón Peguy cuando dice que la esperanza es como una niña pequeña: ¿Por qué pequeña? Porque lleva en sí el futuro. Y, por eso mismo, debe ser acompañada por sus dos hermanas mayores: la fe en Aquel que es

bueno y, por eso mismo, es el único capaz de ofrecer el bien que necesitamos - el bien del bueno y no cualquier sucedáneo -, y la caridad, el amor, que de alguna manera ya lo anticipa y nos impulsa a seguir adelante.

Sin estas dos hermanas, la pequeña esperanza parece realmente incapaz de avanzar.



Si contemplamos un poco los diferentes campos del saber, constataremos que esta pequeña niña, como es la esperanza, ha sido pensada y estudiada en profundidad por saberes diversos que no siempre son armonizables entre sí, como la sociología, la política, la filosofía, la literatura -por ejemplo, en “La Divina comedia” de Dante-, la espiritualidad y la psicología.

Cada una de estas disciplinas se siente más cómoda al abordar ciertos aspectos relacionados con la esperanza en lugar de otros, que le afectan directamente. Es natural. Pero, eso sí, hemos de estar de acuerdo en que todas ellas son esenciales para comprender las características únicas de la esperanza.



LA ESPERANZA, ¿UNA NIÑA HUÉRFANA?

A partir de lo visto podemos entender por qué la esperanza es reconocida como una virtud paradójica, escurridiza, pero que debe tomarse en serio.

Es difícil de concebir la esperanza, aún más en nuestra época, que ha hecho del control y la planificación sus palabras clave. Tal vez sea este el motivo por el cual esta pequeña niña, que en el pasado fue abordada por diferentes campos del saber, como hemos visto, sigue siendo la gran huérfana en la reflexión contemporánea. No hay casi publicaciones de las ciencias humanas que toquen el tema con cierta profundidad. A las dos "hermanas mayores" se les dedica más espacio, pero, a la esperanza...

En las ciencias humanas no está siendo muy explorada la esperanza. Pero ¿lo es en la propia cultura cristiana? ¿Está especialmente interesada en ella la teología, siendo una virtud teológica esencial? Me temo que

no. La escasez de publicaciones es preocupante.

Por supuesto, las excepciones no faltan. Hay una obra, que leí con fruición en mis tiempos de estudiante; se trata de *"Teología de la esperanza"*, de Jürgen Moltmann, publicada en 1964 y considerada todavía hoy un texto imprescindible para abordar el tema. La elaboración de este fantástico libro no fue una ocurrencia interesante de su autor, entre otras, sino que surgió como respuesta al texto provocador de Ernst Bloch, *"El principio esperanza"*. En este libro, su autor -un filósofo ateo y marxista, auténtico peregrino de la esperanza- señala que la esperanza es el "aceite que alimenta la lámpara de la historia". Bloch intentó trazar una posible realización de la esperanza en el ámbito de la mera perspectiva terrenal.

¿Hay más escritos sobre la esperanza? Debe haberlos, pero me temo que se pueden contar con los dedos de la mano. Y, en cuanto al magisterio de la Iglesia se refiere hay una encíclica sobre la esperanza que es realmente deliciosa. Su autor es Benedicto XVI, y su título es *"Spe salvi"*, título que viene, como es habitual de las primeras palabras del documento: *"Spe salvi facti sumus"* -"En esperanza fuimos salvados" (2007).

Por curiosidad me he puesto a buscar la presencia del tema de la esperanza en el gran san Agustín. Pero mi sorpresa ha sido mayúscula. En los 122 capítulos que conforman su tratado sobre las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, titulado *"Enchiridion de fide, spe et caritate"*, solo

hay dos brevísimos numerales: son el 114 y el 115, dedicados a la esperanza.

Unos siglos después tenemos un libro importantísimo de referencia en teología, como es el titulado *"Sentencias"*, del italiano Pedro Lombardo, del siglo XII. Pero -y llega una nueva sorpresa- este manual dedica solo un numeral al tema.

"EL QUE ESPERA EN CRISTO"-ESCRIBIÓ MOLTMAN-, "NO PUEDE CONFORMARSE YA CON LA REALIDAD DADA, SINO QUE COMIENZA A SUFRIR A CAUSA DE ELLA, A CONTRADECIRLA. PAZ CON DIOS SIGNIFICA DISCORDIA CON EL MUNDO, PUES EL AGUIJÓN DEL FUTURO PROMETIDO PUNZA IMPLACABLEMENTE EN LA CARNE DE TODO PRESENTE NO CUMPLIDO".

Sin embargo, como dice el cantante Diego Torres, “no todo está perdido”. Sí, contamos con santo Tomás de Aquino, quien, según los estudiosos del tema, es el teólogo que más se ha ocupado de la esperanza. Él supo devolverle dignidad y valor.

Posteriormente, Hans Urs von Balthasar, con su obra “*Sperare per tutti*,” dedicada a la posibilidad real de la condenación eterna, se ha sumergido en el tema, abordándolo en íntima relación con el contenido de su escrito, bien claro en su título. Hay otros libros o artículos en español sobre la esperanza, como son los de N. Martínez-Gayol, pero, hay que reconocer que esta virtud es realmente una niña difícil de criar, incluso en el ámbito eclesial, ¿será por eso que se ha preferido casi ignorarla?

¿POR QUÉ LA ESCASA PRESENCIA DE LA ESPERANZA?

Pueden plantearse algunas hipótesis para abordar la cuestión de la escasa relación entre esperanza y teología. ¿Será que quienes están llamados a vivir de la esperanza y a dar razón de ella, no la valoran lo suficiente? ¿Será que, ante tanto desastre climático o bélico no queda sino pensar que viene el caos, el fin, y es cosa de tirar la toalla y meterse en los refugios que dan protección? ¿Será que, ante tantos sinvergüenzas enquistados en el poder, rodeados de una corte de sinvergüenzas como ellos -que los jalean por la cuenta que les trae para mantener privilegios y esconder corruptelas de todo tipo- no se hallan motivos para creer que el futuro puede y debe ser distinto, según el querer de Dios? ¿Será que el cristianismo se está secularizando de tal manera que ya no tiene nada significativo que decir al hombre contemporáneo, por eso la esperanza brilla por su ausencia? Entonces: ¿Habrá que callar sobre la esperanza?

Santa Teresa de Jesús, un montón de siglos atrás, había barruntado, de alguna manera, algo de lo que estas hipótesis plantean:

Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será. Pero ¡así se enmiendan pocos! Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama (*Libro de la vida*, c. 16,7).

“LA FE, APOYADA EN LA ESPERANZA,
LLEVA AL SER HUMANO
A INVOLUCRARSE, A IMPLICARSE
CON LA REALIDAD”.
(J. MOLTMANN)

¿Cuántas veces hemos escuchado en la predicción de las misas hablar como es debido de la esperanza, con un mínimo de respeto a la inteligencia de los reunidos, y no solo diciendo simplezas de ella o nombrándola porque toca en el Adviento?

Pero ¿cómo es eso posible? ¿Acaso no aspiramos, como cristianos, a la vida eterna, y las catástrofes de todo tipo, las sinvergüenzas y los sinvergüenzas... esperamos - con la certeza que nos da la fe en Jesús, vencedor de la muerte y del mal- que no tengan la última palabra y que tenemos prohibida la resignación fatalista y el derrotismo?

Hay muchos temas relevantes en la predicción, en las cartas pastorales, en los documentos eclesiales, pero el de la esperanza es clave. No podemos permitirnos que el fuego del Espíritu se debilite y se vaya perdiendo. Es necesario reavivar la esperanza.

Hay que hablar de vida eterna, que no es sino “el cielo nuevo y la tierra nueva en donde reine la justicia” (2 Pe 3,13). Hay que hablar de la bienaventuranza para los que se juegan la vida. Si orillamos el tema de la esperanza, corremos el riesgo de perder la capacidad de transmitir la fuerza profética y de contestación propia del cristianismo. Si el cristianismo no es transformador, no es nada.

EN LATÍN -SEÑALA EL CARDENAL RAVASI- EL VERBO “RESILIRE” SIGNIFICA “REBOTAR, DAR UN SALTO E IR MÁS ALLÁ”. LA ESPERANZA ES PRECISAMENTE ESTO: NO DEJARSE LLEVAR POR LA DESESPERACIÓN Y LA DESOLACIÓN, SINO MIRAR HACIA OTRO HORIZONTE.

LA ESPERANZA ESTÁ CARGADA DE PROFECÍA

A veces nos encontramos en *Internet* tesoros preciosos, que nos animan a pensar con el cerebro, no con el hígado. Uno de estos hallazgos valiosísimos para mí ha sido la disertación titulada “*El cuento del Anticristo del filósofo y escritor ruso Soloviov*”, del cardenal Giacomo Biffi, pronunciada en un encuentro el 29 de agosto de 1991. En ella retoma y hace suyas las palabras de “*Los tres diálogos y el relato del Anticristo*”, de Vladímir Soloviov. En uno de los fragmentos, que confieso me ha impactado fuertemente y transcribo, dice el cardenal:

“Llegarán días –dice Soloviov, y, es más, ya han llegado, decimos nosotros– en los que el cristianismo quedará reducido a pura acción humanitaria, en los distintos campos de la asistencia, la solidaridad, el filantropismo y la cultura. El mensaje evangélico será identificado con el compromiso por el diálogo entre los pueblos y las religiones, la búsqueda del bienestar y el progreso, y la exhortación a respetar la naturaleza”. Pero si el cristiano, por amor a la apertura al mundo y al buen entendimiento con todos, casi sin darse cuenta, diluye esencialmente el Hecho salvífico en la exaltación y consecución de estas metas secundarias, entonces se priva de la conexión personal con el Hijo de Dios, crucificado y resucitado, comete poco a poco el pecado de apostasía y, al final, se encuentra del lado del Anticristo.

Las palabras de Biffi me cuestionan. ¿Qué pasa con los temas propios de la esperanza cristiana? Dramáticamente, desaparecen. Los temas propios de la esperanza, que caracterizan la diferencia cristiana y que marcan también la diferencia para una vida digna de ser vivida, se esfuman. Si la Iglesia, en las predicaciones litúrgicas, en la catequesis o en la educación religiosa escolar, no es quien habla de ello, ¿quién lo hará? No vale todo. La Iglesia no es una ONG, ni un coro de amigos o un club para pasar el rato. Todo eso hay en la Iglesia, y debe haberlo, pero la Iglesia es más.

¿Nos hemos dado cuenta de la falta de interés por vivir la espiritualidad y el significado profundo del tiempo litúrgico por excelencia relacionado con la esperanza, como es el

Adviento? Hablamos de esperar en las semanas que preceden a la Navidad, pero, sobre todo, se repiten tópicos, que suenan a música celestial, o nos contentamos con encender las velas.



¿Qué significa esperar? ¿Qué se espera? ¿A alguien que ya ha venido y hace inútiles y obsoletas las profecías? ¿Cómo se traduce el sentido de la espera cristiana?

La dificultad para hablar, antes incluso de vivir la espera – y ambas cosas están indudablemente relacionadas entre sí –, muestra cuán cercanas están, en la vida ordinaria, las dos posturas: la de quien ha renunciado a esperar y la de quien no percibe ningún impacto de la espera en las dificultades cotidianas. En otro escrito, en el que comenté también la Bula del Jubileo de la esperanza, aludí a la obra “*Esperando a Godot*”, de Samuel Beckett. En uno de los diálogos de la obra, leemos:

ESTRAGÓN: Ya debería estar aquí.

VLADIMIRO: No dijo que vendría con certeza.

ESTRAGÓN: ¿Y si no viene?

VLADIMIRO: Volveremos mañana. Y tal vez pasado mañana. Quizás. Y así sucesivamente. En fin... Hasta que venga.

ESTRAGÓN: Eres despiadado. Ya vinimos ayer”.

Esta pieza teatral pone ante los ojos del lector o de quien ve la obra representada la idea de una espera insignificante, insustancial, vacía, una simple y llana pérdida de tiempo frente a algo o alguien de quien no se tiene ningún indicio en el presente.

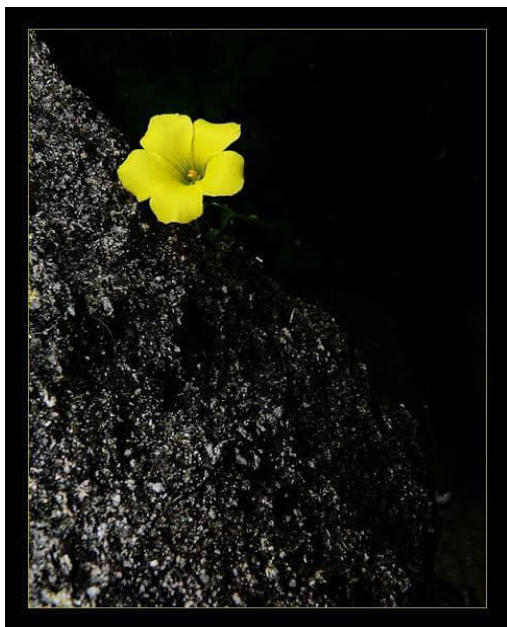
LA ESPERANZA NO FALLA

La esperanza responde al “no aquí, no todavía”. Quizá es aquí donde se halla la base de la mayoría de las objeciones que se dirigen contra la esperanza: Quien quiere tenerlo

atado y bien atado, no puede albergar esperanza.

En un relato jasídico, un discípulo pregunta al maestro si, en realidad, el Mesías no ha llegado ya. El maestro le lee un pasaje del profeta Isaías:

El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá, la vaca y la osa vivirán en compañía, sus crías se recostarán juntas, y el león comerá paja lo mismo que el buey. El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra, y en la cueva de la víbora, meterá la mano el niño apenas destetado. No se hará daño ni estragos en toda mi Montaña santa, porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar (Is 11,6-9).



Luego corre la cortina y mira hacia afuera. Ve a una anciana pobre y harapienta que pide limosna, a un hombre que camina envuelto en ricas vestiduras, y más allá, personas golpeadas, otras durmiendo en la calle. Cierra nuevamente la cortina y responde: “No, el Mesías no ha llegado aún. ¿Cómo podría haber llegado el Mesías a un mundo como este?”.

La verdad es que después de dos mil años de Evangelio, no es difícil darse cuenta de que las promesas no se han cumplido, que los pobres son más pobres, ante la indiferencia de los que no son pobres; que los mansos no han heredado la tierra, ni hay visos de que la hereden; que lo pacificadores

no son escuchados y la violencia campa por sus reales; que Dios será justo, pero “¿a qué espera a hacer ‘justicia’ a sus fieles: a que todos sean exterminados?””, como me decía una alumna.

Otra razón que subyace al rechazo de la esperanza es que, no pocas veces, ha sido mal entendida y contrapuesta a la realidad presente, como una suerte de “opio del pueblo”, según afirmaba Marx, para justificar la inacción, adormecer la conciencia y no enfrentar la miseria real. F. Nietzsche, filósofo alemán -erróneamente considerado padre del nazismo-, en su libro *“Humano, demasiado humano”*, con su habitual mordacidad, dice lo siguiente sobre la esperanza; invito a leerlo, para no hablar de memoria sobre este autor:

La esperanza. Pandora llevó su caja llena de males, y la abrió. Era el presente de los dioses a los hombres; presente bello en apariencias y seductor; se le llamaba el “vaso de la dicha”. Entonces salieron juntos con vuelo igual todos los males, seres vivos alados: desde entonces revolotean alrededor de nosotros y nos mortifican noche y día. Sólo un mal no se había escapado del vaso; entonces Pandora, siguiendo la voluntad de Zeus, tiró la cobertera y quedó dentro.

Desde entonces el hombre tiene en su propia casa, dentro de sí mismo, el vaso de la dicha, y piensa maravillas del tesoro que posee aquél; se entrega a su servicio, y busca la manera de cogerlo cuando de ello tiene deseo; porque no sabe todavía que el vaso que le llevó Pandora es el vaso de los males, y que el mal que guarda en su fondo es la mayor de las infelicidades (la Esperanza). Zeus quería, en efecto, que el hombre, cualesquiera que fuesen los males que soportara, no echase lejos de sí el de la vida, para que así tuviera que dejarse torturar siempre de nuevo.

Por esto es por lo que dejó al hombre la Esperanza, y la Esperanza es en verdad el peor de los males, porque prolonga los suplicios de los hombres.

¡Atención! No olvidemos lo leído: la esperanza es ¡“el peor de los males, porque prolonga los sufrimientos del hombre”!

En este sentido, muchas de las críticas de los “maestros de la sospecha” -Marx, Nietzsche, Freud- captan, sin duda, algo de verdad, pero malinterpretan el auténtico significado de la esperanza. Esta no tiene nada que ver con la ilusión o la resignación ante la dureza

de la vida. La esperanza, de hecho, antes que una virtud, es una pasión vigorosa, y con ese vigor se sostiene o cae. Y el vigor es necesario para no sucumbir ante el mal y la injusticia, necesita de la esperanza.

J. Moltmann, en la obra mencionada *“Teología de la esperanza”*, señala con fuerza esta peligrosa deformación de la esperanza cristiana, que no puede perder su carga utópica de cuestionamiento del presente:

Las palabras de esperanza de la promesa deben estar en contradicción con la presente realidad empírica [...]. Por eso, la escatología no puede vagar en las nubes, sino que debe formular sus afirmaciones de esperanza en contradicción con la experiencia presente del sufrimiento, el mal y la muerte [...]. Quien tiene esta esperanza nunca podrá adaptarse a las leyes y fatalidades inevitables de este mundo. En la vida cristiana, la prioridad pertenece a la fe, pero el primado a la esperanza. Sin el conocimiento de Cristo que se obtiene por la fe, la esperanza se convertiría en una utopía suspendida en el aire. Pero sin la esperanza, la fe se vuelve tibia y acaba muriendo. Por medio de la fe, el hombre encuentra el camino de la verdadera vida, pero solo la esperanza lo mantiene en él.

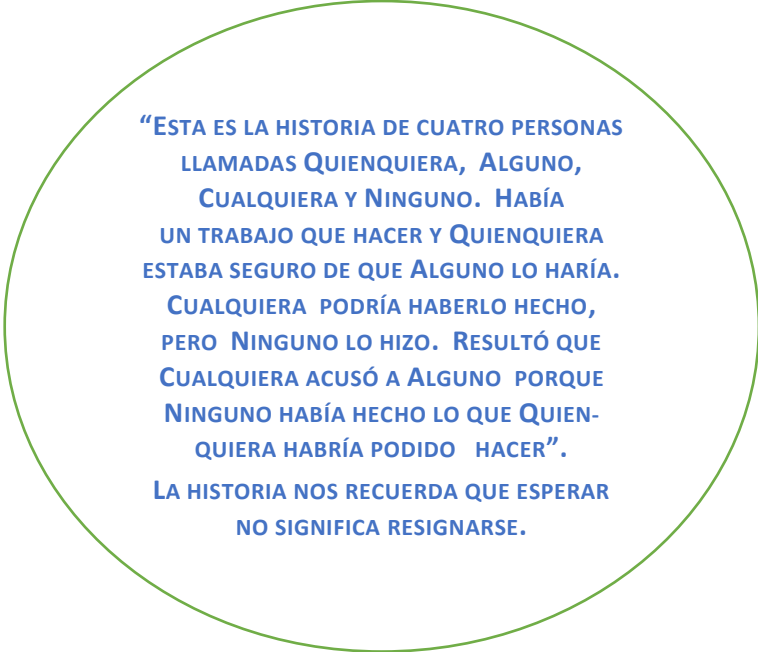
REDESCUBRIENDO LA ESPERANZA

Hay personas que piensan -o pretenden- tenerlo todo bajo control. Controlar, controlar, controlar... es su obsesión. Estando lejos o estando cerca, tienen que controlar. Pero, ni eso es posible ni debe serlo.

Tenerlo todo bajo control es la obsesión ilusa de nuestro tiempo. ¡Cuántas veces oímos o leemos cómo hay quienes se inquietan, se desaniman, se deprimen, se victimizan —“pobrecito yo, que no me quieren”, o “se van a enterar...”-, porque se les escapan muchas cosas y no aciertan a someter todo a sus deseos, por muy “santos” que sean! ¡Cuántas veces vemos que se destruyen personas porque no se les puede controlar, ya que el controlador -siempre en el control- cree tener el monopolio de la verdad y del bien, mientras se deja hacer lo que les viene en gana a otras! ¿Qué lugar tiene la esperanza en una sociedad, en una institución, en cualquier grupo humano... donde se

piensa que todo se debe tener controlado, sin posibilidad de fisuras? No tiene lugar alguno.

La esperanza encuentra resistencia para ser acogida en muchas sociedades actuales, y dentro de muchas instituciones. ¿Por qué? Pues precisamente porque remite a aquello que no está bajo control humano. La esperanza está esencialmente vinculada a la fe en Dios. Evoco aquí las bellísimas palabras contenidas en la Carta a los Hebreos: “La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven” (Heb 11,1).



“ESTA ES LA HISTORIA DE CUATRO PERSONAS
LLAMADAS QUIENQUIERA, ALGUNO,
CUALQUIERA Y NINGUNO. HABÍA
UN TRABAJO QUE HACER Y QUIENQUIERA
ESTABA SEGURO DE QUE ALGUNO LO HARÍA.
CUALQUIERA PODRÍA HABERLO HECHO,
PERO NINGUNO LO HIZO. RESULTÓ QUE
CUALQUIERA ACUSÓ A ALGUNO PORQUE
NINGUNO HABÍA HECHO LO QUE QUIEN-
QUIERA HABRÍA PODIDO HACER”.

LA HISTORIA NOS RECUERDA QUE ESPERAR
NO SIGNIFICA RESIGNARSE.

¿Estamos en la onda? Vamos adelante. Una pregunta importante: ¿Qué provoca la crisis de fe, más que evidente en nuestro tiempo? Creo que la provoca, fundamentalmente, la crisis de la esperanza, y esto trae consigo repercusiones profundas a nivel existencial.

Cuando la esperanza se debilita hasta ser casi imperceptible, deja un vacío que demuestra todavía más la necesidad de su presencia ¡para continuar viviendo! Es cuestión de vida o muerte.

Es preciso recordar, una vez más, que la esperanza es intrínseca al ser humano y, además, otorga un *plus* de significado por el que vale la pena esforzarse: “La fe es una catedral arraigada en el suelo de un país. La caridad es un hospital que acoge todas las

miserias del mundo. Pero sin esperanza, todo esto no sería más que un cementerio” (Cardenal Ravasi). Es imprescindible devolver el auténtico significado a la esperanza cristiana; transmitir su belleza a los hombres y mujeres -niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos- de nuestro tiempo, -cada uno en su realidad y contexto- es una cuestión de vida o muerte.



Los educadores corazonistas no podemos dormirmos en los laureles. Tenemos en nuestras manos todo para hacer cuanto podamos a fin de despertar esperanzas -que están ahí, pero pueden muy bien estar dormidas-. Ser fieles a los orígenes, en la persona del padre Andrés Coindre, es tomar muy en serio crecer en esperanza -cada uno y en comunidad-, para dar razón de ella entre los que desarrollamos nuestro ideal de vida y apostolado: hermanos, estudiantes, colaboradores y familias.

El Papa Francisco, en la Bula de convocación del Jubileo, invita a redescubrir el fundamento indispensable de la esperanza, contenido en el bautismo: la entrada en la vida que no tiene fin. Menciona además un detalle artístico elocuente que muestra, de forma visible, su vínculo con la vida eterna:

Los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6,22) (Bula SNC 20).

Este es el destino donde, finalmente, puede encontrar cumplimiento ese deseo de plenitud presente en cada hombre y cada mujer que han amado.

En esta Navidad y en todo el año 2025 tenemos una ocasión para renovar la fe, la esperanza y el amor, especialmente -como dice el cardenal José Cobo, arzobispo de Madrid- en un mundo marcado por “discursos polarizados, violentos y pesimistas”.

Digámonos cada uno en la intimidad del corazón:

Mi esperanza, no es propiedad mía... es de Dios y de aquel que la necesita...

Y feliz de mí... si sabiendo estas cosas... las practico y comparto...

Lima, 24 de diciembre 2024

“LA ESPERANZA CRISTIANA NOS
ASIGNA COMO LUGAR ESA ESTRECHA
LÍNEA DE CRESTA, ESA FRONTERA
DONDE NUESTRA VOCACIÓN EXIGE
QUE OPTEMOS, CADA DÍA Y CADA
HORA, POR SER FIELES A LA FIDELIDAD
DE DIOS PARA CON NOSOTROS”.

(MADELEINE DELBRËL)